

Una pastilla más para que pase el dolor

Alfredo Padilla



San Luis Potosí
Un Gobierno para Todos
GOBIERNO DEL ESTADO 2009 - 2015
SECRETARÍA DE CULTURA



Portada: D.R. © Federico Gama, *Escondido* (2005)

Alfredo Padilla (San Luis Potosí, 1983), es colaborador de las revistas *Letras Explícitas*, *RGB*, *Itinerario*, y *Sabotage Magazine*, así como de los fanzines *Punkroutine* y *El vacío (fanzine alterado de ficción y autoficción)*. *El juguete rabioso*, es el nombre de su columna en la revista de contracultura *Clarimonda*, de Morelia, Michoacán. Fue becario del Festival Interfaz 2014 en el área de literatura. Ha sido incluido en la *Antología de Cuentos Potosinos*, publicada en 2010 por el H. Ayuntamiento de San Luis Potosí, S.L.P. y en *Lados B 2015, narrativa de alto riesgo*, de la editorial NitroPress, un muestrario literario alejado de los círculos de poder.

DIRECTORIO

Fernando Toranzo Fernández
Gobernador Constitucional del Estado

Xavier Alejandro Torres Arpi
Secretario de Cultura

Juan Carlos Díaz Medrano
Director General de Desarrollo Cultural

David Ortiz Celestino
Director de Publicaciones y Literatura

1.ª edición, 2015

ISBN: 978-607-7996-80-4

© Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de San Luis Potosí
Madero núm. 100, Zona Centro, C.P. 78000
Tel.: 01 (444) 814 07 58

D.R. © Alfredo Padilla Agundiz

© Dirección de Publicaciones y Literatura
Corrección y pruebas finas: Jesús Navarrete
Edición y formación: Susana Cerda

Portada: D.R. © Federico Gama, *Escondido* (2005)

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Una pastilla más para que pase el dolor
Alfredo Padilla



Yo no soy un perverso,
soy un curioso de esta fuerza enorme que está en mí...
Roberto Arlt, El juguete rabioso

Sueños

Mi nombre es Nabal. Tengo 30 años, soy maestro universitario y llevo una vida común, solo tengo un problema: cada noche sueño que asesino a una persona diferente. Evocaciones normales, como quien delira con cucarachas o ratas, con la lluvia o los parques; yo aniquilo. No son pesadillas, porque estas infligen temor y ansiedad, mis sueños son placenteros, gustosos; alucinaciones que me dejan una sonrisa en el rostro por la mañana. Tienen algo de verosimilitud, de convincente, digamos. Hay veces que despierto con el cuerpo molido, como si me hubiera ejercitado durante la noche, me unge una extraña sensación en los brazos, similar a la de haber utilizado un arma —un cuchillo—, incluso mis manos presentan pequeñas callosidades por el uso de dicho instrumento.

Supongo que es por la sugestión. Sospecho que mi cerebro lo sueña y mi cuerpo —en este caso mis manos— interpreta las acciones. La mente es muy poderosa. Para los antiguos sabios y filósofos el poder de la percepción era uno de los misterios que más les cautivaba, porque pensaban que en él se encontraba la clave de la vida. Ellos buscaban la transmutación de la materia y de esta manera llegaron a postular la ley de la atracción. Según este principio, el hombre puede convertirse en aquello que piensa, como si se enviaran señales magnéticas para conquistar el deseo. Lo más extraordinario es que siempre funciona.

En mi caso basta con pensar en determinada persona para inducir el sueño homicida y de esta forma no volver a saber más de su existencia. Así pasó aquella noche: dormía plácidamente en mi catre, cuando de pronto me encontré sobre la usurera propinándole severas cuchilladas en el rostro, mientras su sangre salpicaba mi cuerpo. Al día siguiente no tocó a mi departamento como de costumbre para recaudar el adeudo.

Lo mismo pasó con la vecina calumniadora, aunque con ella fue un poco diferente: le atestaba el cráneo con una bola de boliche mientras dormitaba sobre su cama de latón. Este sueño concuerda muy bien con la realidad, ya que la vecina era cónyuge de un célebre jugador de boliche, quien tenía una respetable colección de bolas Brunswick en casa; ya les digo, la mente es muy poderosa. Pasó también con el tendero, a quien le saqué los ojos con un tenedor después de hundirle una broca helicoidal Niagara Cutter en la frente. Incluso soñé haber calcinado a Nerón, el perro de Rodríguez, que siempre se orinaba sobre mis narcisos.

Es difícil volver a dormir después de los sueños ejecutores, debido a mi enfermedad. Soy Nabal, y sufro de parasomnia. Por lo general despierto a media noche o entrada la madrugada en los lugares más insólitos y tengo que regresar a mi estancia escondiéndome entre los matorrales y las cocheras de los vecinos para no ser visto en pijama Skiny.

Para mí es como tener una doble vida, como un secreto culposo que me sofoca. Juro que no hay una gota de maldad en mi persona, pero no puedo esperar a que llegue la noche para divagar con los insípidos individuos que me hacen la vida imposible. Creo que hoy soñaré con mi odontólogo, la muela que me extrajo aún sigue punzando, el servicio dental me salió en un ojo de la cara. El dolor me envenena.

Formas fáciles de suicidio

*Uno se puede suicidar de mil formas distintas
sin morirse de verdad.
Chuck Palahniuk, Diario: una novela*

Ethan:

Voy a suicidarme. Ya tome la decisión y no voy a reparar en nada.

Agradezco a todos aquellos que tratan de hacerme cambiar de opinión, pero es mi vida y yo decido. No me cuestionen, cada quien tiene sus problemas y no quiero abrumar a la gente con los míos.

Pensé en un arma, pero es muy difícil conseguirla porque tengo dieciséis años. Según mis indagaciones, ahorcarse es más fácil. ¿Alguien sabe cómo atarse una soga al cuello?, ¿qué opinan del envenenamiento? Si se les ocurre alguna otra manera factible para suicidarme, se los agradecería mucho.

Nyan:

Yo siempre he soñado con morir tras caer de un edificio, ¿por qué? simple, tienes la sensación de volar antes de irte, y cuando impactas con el suelo no sientes el golpe, sucumbes antes de llegar al pavimento —pero tiene que ser una edificación bien alta, no querrás quedar invalido o a medio morir—. Te tomas unas píldoras y luego brincas. Yo encuentro que la forma más compleja de morir es seccionándote las venas, aún así, siempre te salvarás.

Kimberly:

Yo lo haría con una congestión alcohólica o ingiriendo grandes cantidades de tabletas para dormir. Mezclar ambas es vertiginoso y fulminante. Si ya tomaste la decisión, debes ser respetado. Inmolarse no es un acto de cobardía, se necesitan muchos cojones para tomar esta decisión, cojones que ninguno de nosotros posee.

Eleazar:

La eutanasia, busca una jeringa y listo, inyéctate un suspiro, algo de aire y sucumbes. También está la infusión de nuez moscada, tienes que usar cuantiosa, al menos doscientos gramos. Preparas el brebaje, te lo tomas hirviendo y pereces, una muerte sutil. O al final cuélgate de un mástil. ¡Suerte! Investigaré en los obituarios si lo consigues.

Aarón:

Lugar equivocado, maniático. Busca en Wikipedia.

Jake:

Consigue dinero, compra narcóticos, un revólver y suficientes car-tuchos por internet, todo lo que tienes que hacer es pagarle a otro sujeto para que te devaste.

Noah:

Métete a la tina y arroja el tostador, la secadora de pelo, o algún otro artefacto eléctrico — previamente conectado—. También puedes enredarte en cables de alta tensión, introducir un cuchillo de metal a un enchufe, o si te gusta divertirte, haz malabares sobre los cables de la luz.

Bryan:

Amárrate un monolito al cuerpo y aviéntate a un río, lago, océano, estanque o chapoteadero — siempre y cuando no esté ningún pel-mazo cerca—. Tiene que ser una roca enorme, muy pesada, y debes enlazártela con un nudo ciego, para que al momento de entrar en pánico, no te sea muy fácil desasirlo.

Andrew:

Compra una pistola en cheaperthandirt.com y propínate un balazo en la cabeza, no se siente nada, si aciertas. No es muy recomendable esta técnica para los novatos, ya que un disparo mal consumado provocaría la pérdida de la vista o una serie de lesiones entre las cuales no figura la muerte. Lo mejor es poner el cañón de la pistola en la boca, apuntando hacia el paladar superior, ya que así la bala irá directamente al cerebro y eliminará todas las posibilidades de supervivencia. Se recomienda una . 38 Smith & Wesson Special.

Viko:

Aviéntatele a un vehículo en pleno freeway, justo a la hora en que haya más tráfico, para que el automovilista no tenga la oportunidad de frenar. Esto es recomendable si lo haces parecer un

atropellamiento, especialmente si no tienes mucho dinero, ya que el chofer tendrá la obligación de pagarte el entierro.

Nabal:

Conviértete en una máquina de matar y ve a una misión suicida contra China o Corea del Norte.

Una pastilla más para que pase el dolor

Father what have I done?

I took that .22

A gift to me from you

NOFX, The Decline

Aquella mañana de 1999 vimos por última vez los ojos de mi padre al cerrarse frente al pequeño hilo de humo que despedía la Glock .22 aún caliente, las gotas púrpura retozando en las paredes del baño avivaban su enfado, sin culpa, sin remordimiento. No más golpes en la nuca ni palos en la espalda, no más murmullos por la noche, ni caricias en la entrepierna, no más botellas de ron en el culo; la inocencia es un constructo social.

Compramos un disco en el centro comercial, robamos el dinero a madre, ella no se percató del cadáver en el baño, ella no despertaría, ella no. El disco se llama The Decline y dura dieciocho encabronados minutos; nos tumbamos en el sofá a comer Quik con cereal, pusimos el disco en el reproductor y nos masturbamos el uno al otro, aún no sacábamos leche.

No escuchábamos más que NOFX, en casa no escuchábamos más, reproducimos esa jodida canción toda la tarde y ya de noche, el olor se volvió fétido, a nosotros nos excitaba. No tardarían en sospechar. Una vez más la tonada, otros dieciocho minutos de alaridos y batería, Eric Melvin puede seguir despedazando esa guitarra el tiempo que sea necesario, todo el tiempo que sea. Mamá decía que esa música nos volvería locos algún día, a mamá no le gustaba el punk, a mamá no le gustábamos. ¿Padre, qué hemos hecho?

En el baño estaba el cadáver de padre y padre estaba morado, madre descansaba en un costal de basura, en varios costales de basura, Billy charlaba con ella. Alguna vez nos cantó una canción de cuna, alguna vez Billy lloró escuchando esa canción, alguna vez aprenderé a tocarla también. ¿Hay alguien aprendiendo del pasado?

Madre fue adúltera, nosotros somos la puta. Padre fue violador, nosotros fuimos su munición. Nosotros no sólo somos los maricas, somos los parricidas, aquí está la decadencia: «Sabemos la verdad, pero preferimos las mentiras. Las mentiras son sencillas, sencilla es la felicidad. Por qué luchar contra la tradición cuando podemos admitir la derrota, vivir en decadencia. ¿Por qué debería nadie asomar la cabeza?»

Va a haber un lugar mejor, va a haber un lugar. Es difícil distraerse cuando te sangra el culo. Aquí adentro leo libros, si no me complacen en las primeras diez páginas los boto, no me gusta perder el tiempo. A Billy le dieron diez años, yo aún no tengo sentencia. Tengo una grabadora y un cassette, un diente roto, tengo a Chester Himes, tengo a Elroy y el cassette es de NOFX. Me gustaría enseñar a entonar al mundo una oración para mantenerse seguro, una oración para mantenernos calientes, una pastilla más para que pase el dolor.

Nunca escalaremos esas alturas de nuevo

*No es realmente necesario comprender
verdaderamente lo que escribo, siempre
tengo ese sentimiento detrás de mí.*
John Frusciante, nota en referencia al disco,
Blood Sugar Sex Magik

El año comenzó un martes del calendario gregoriano, habías conseguido demasiada coca como para lanzarla al aire y hacer que nevara alcaloide sobre tu nariz. La operación tormenta del desierto estaba por comenzar, pero te importaba un coño Sadam Hussein y la puta Guerra del Golfo. Te recluías en casa, leías a Balzac y fumabas porros todo el día.

Bebías cerveza de la peor, escuchabas a Captain Beefheart y a Robert Johnson en el viejo tocadiscos de papá, nada nuevo, solo el viento sucio en la cara. Una Gibson Les Paul 1950 con las cuerdas estropeadas. Un estúpido fanatismo sordo, idiota; todo el dinero del mundo para irse de putas y el miserable miedo de morir. Culminaste a duras penas el *Blood Sugar Sex Magic*, vendiste siete millones de copias de aquel disco que grabaste con los chicos en la antigua casa de Harry Houdini. Después vendría el multiplatino, cinco veces la plata. Las chicas frescas no dejaban de cantar *Under The Bridge* en los recitales, te acostaste con todas y te hartaste del *Give it Away* en vivo. Se te desmoronaron los dientes ¿recuerdas?, uno por uno, debido a la maligna infección bucal conferida por el chute, trituraste tus brazos con la jeringa, y escribiste poemas como nadie en las paredes.

El Discovery había llegado al espacio por décima octava fecha, esta vez con tu cabeza dentro él. Grabaste en American Recordings con una escueta grabadora de cuatro pistas, se lo dedicaste a la pequeña Clara, tienes que recordarlo, apenas podías mantenerte de pie. Conseguiste temas muy buenos pero de funesta calidad sonora ¿sabes? Escribiste *My Smile Is A Riffle* y el jodido universo te sonrió de nuevo, te encontrabas en la cima de la montaña, la papelina y las circunstancias te hicieron famoso, mientras te recluías cada vez más en ese culo de rata al que llamabas hogar y que Johnny filmó con su vieja cámara de 35 mm.

Tres estaciones después te prendiste con *Smile from the Streets You Hold*, con los de Birdman Records, ¿te acuerdas?, descatalogado en el mercado por «incitamiento a las drogas». A mitad de un tema podía escucharse como quemabas hierba. Todo el dinero recaudado lo dedicabas a comprar narcóticos. Fuiste ingresado de urgencias en un hospital barato de California, precipitaste. Tu cuerpo ya no aguantaba más, nunca escalarás a esas alturas de nuevo.

Pusiste a The Residents a todo volumen, prendiste un porro después de otro, ataste el par de ligas a tu brazo, sentiste el brote orgásmico de euforia, el rush entrando en tu cuerpo, y el hombre dentro de ti comenzó a bailar. Caíste On the Nod, soñaste, el resplandor no te abandonó, se cogió a todas tus guitarras y se orinó en tus libros, carbonizó tus discos y se contuvo en tus miembros. No quedó nada de aquella hoguera, sabes bien que no volverás a ser el mismo de siempre, los ojos del fuego se clavaron en ti con una llamarada torpe y fina, encantadora y gentil como la heroína en tus venas.

Historia de amor y un poco de punk

*Hey, little girl
I wanna be your boyfriend
Ramones, I wanna be your boyfriend*

Fue una patética tarde de verano cuando Themo y Celia dejaron en casa sus aburridos uniformes de colegio ilustre, para descender a los abismos de la fealdad. El escenario podría ser cualquiera, siempre y cuando gobernara en sus estómagos aquella sensación de tocar el abismo, de ensuciarse hasta el cuello sin tener el ánimo de cambiar la casaca.

Con las ventanas de la nariz bien abiertas y los sentidos poco prestos, se dispusieron a obedecer la voluntad sacrílega de un cartel de serigrafía —fijado sobre una malla en plena avenida Insurgentes, justo en el sitio donde días antes habían encontrado el cadáver putrefacto de un hombre, que brotó de una coladera anegada por la lluvia— un aviso alejado de toda pauta o convencionalismo del diseño gráfico, más parecido a esos carteles que anuncian bailes de cumbia o baratos espectáculos de lucha libre, aunque este anunciaba un campal toquín de punk. «El punk no está muerto, salud, anarquía, fraternidad y autogestión» remataba la proclama. El nombre de la banda central descansaba al estilo de una nota de ocho columnas: «Vómito Nuclear, la banda más chingona de la escena mexicana de Hardcore punk».

El concierto era un improvisado caos. Sonido ensordecedor, pésimamente ecualizado, emanado de una torre de horrendas bocinas brunas; caguamas vertidas en vasos de unicel para vender más espuma y menos cerveza, puestos de playeras espantosas de bandas de rock que vendían menos playeras y más pastas de tinta; chicas buenísimas en faldas de leopardo que aparentaban su maldad precoz con perforaciones y colores llamativos en el cabello, *riffs* de guitarra artificialmente melódicos pero mal ejecutados, afinación fragosa, *slam* violento, zapatos y dientes volando en órbitas hacia el techo y mucha actitud *punk*.

Themo y Celia también fueron parte de aquella zambra espesa. Dominados por el alcohol y la atmósfera, repulsiva para cualquier ente de su esfera social, pero que por alguna razón para ellos simbolizaba el escape ideal de las fraguas del abolengo y la mamonería.

Themo y Celia abandonaron sus agujeros en Suburbia. Hicieron el amor todas las noches sobre un colchón húmedo tendido en el piso en una casa okupa, al ritmo desequilibrado de *Institutionalized* de Suicidal Tendencies, con una grande luna amarilla de testigo, como sacada de una historieta de El Pantera. Se tatuaron frases de Sid Vicious en el cuerpo. Celia se grabó justo encima de las tetas: «Vive rápido, muere joven», Themo, por su parte, se tatuó en el brazo izquierdo la legendaria frase «Provoca el mayor caos y alteración posible, pero no dejes que te cojan vivo». Themo y Celia pintaron sus cabellos de colores y manufacturaron su ropa a base de estoperoles. A Themo le preocupaba peinar todas las mañanas su cabello en forma de cresta, utilizaba distintos tipos de

adhesivos como: fijador, cera, Resistol, Gomina, mucílago, tragacanto, aglutinante y engrudo, a Celia le preocupa la regla.

Dee Dee, el bebé fue nombrado Dee Dee. El día que nació, varias bandas que vivían en la casa okupa organizaron un toquín para re-caudar fondos y poder pagar los gastos del parto y otros servicios, pero ese día cayó un aguacero y nadie acudió. Un amigo cercano a Themo lo estimuló para buscárselas como matarife en un rastro clandestino del DF, trabajó ahí durante extensas jornadas de sacrificio animal. Utilizaba una especie de arma para cargarse a los caballos, que se vendían después como producto bovino. Un dispositivo con un cilindro metálico que salía a gran presión, fuerza y velocidad, y golpeaba al equino justo en la frente sin darle tiempo de reaccionar. Posteriormente el animal era colgado en ganchos que hacían su camino fúnebre en una línea de desmontaje, en donde Themo recolectaba la sangre y retiraba las vísceras.

La pareja enfermó de brucelosis al poco tiempo, debido al con-tacto de Themo con animales corrompidos por la fiebre ondulante, que vegeta en los excrementos y las secreciones. Debilidad aguda, sudoración excesiva y un dolor abdominal implacable. Ninguno de los dos ingirió una sola pizca de medicamento, el bebé cayó enfermo.

Themo se refugió en el alcohol. Celia se alojó en la cocaína para cubrir las dolencias. La temperatura de Dee Dee iba en ascenso. Mick Farren de The Deviants moría en pleno concierto en Londres. Themo se albergó en la parte trasera de un bar. Sus amigos desertaron. Celia se hizo cargo de Dee Dee. Dealer codiciaba sus nalgas.

Celia y Dealer hacían el amor todas las noches sobre un colchón húmedo tendido en el piso de la casa ocupa, con una grande luna amarilla como testigo. Arturo Vega, diseñador del logo de los Ramones moría. Themo desapareció. Dealer tomó su lugar. Dee Dee empeoró. Dealer escondía la coca en botes de leche Nido. Celia confundió los recipientes. Dee Dee murió. Dealer se esfumó.

Avenida Insurgentes, los diarios en los puestos de revistas muestran sus notas más substanciales:

La mañana de este lunes fue encontrado en una caja de calzado industrial el cuerpo sin vida de un bebé.

La Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal detuvo al «matarife» de un rastro clandestino, que habría victimado a una mujer, cuyo cuerpo fue abandonado en un paraje del Parque Nacional Desierto de los Leones.

Integrante de Pussy Riot pierde libertad condicional.

Noticia Negra

No hay nada más bello que el cuerpo de un hombre muerto, sentado frente al televisor, recostado e iluminado fastuosamente por la luz del aparato.

Las cosas perfectamente ordenadas, el control del televisor, que resbaló de su mano obesa e hinchada, sobre sus pies morados; el libro de Stendhal bajo el sofá verde a cuadros también yace en el piso, el periódico amarillo espera una hojeada rapaz; los lentes, que ahora se encajan sobre su nariz, se abrigan de polvo.

Su nombre era Justino Gutiérrez, se tenía sólo a él, su televisor, sus libros y un periódico fechado el 27 de diciembre de 1983. Los vecinos se quejaron del hedor; el viejo no importaba.

Los plomeros que revisaron las tuberías aledañas se percataron de que el conducto no era el problema. Cuando entraron en el departamento quedaron impresionados al ver la imagen frente a ellos, el aparato sintonizaba un canal pornográfico; el viejo no importaba.

Solía ver la transmisión por las tardes, tenía un ojo crítico, lo recuerdo gruñendo y acomodándose escrupulosamente sobre el viejo sofá cuando veía el noticiero y observaba erróneas las notas transmitidas.

Y me decía: hijo, este mundo está lleno de desquiciados, por qué no haces algo de provecho por ti y por nosotros, por el noticiero de las seis y por la sociedad que te rodea.

Ahora sólo puedo observar su imagen exánime, hermosa e hiriente. Murió viendo a todas esas mujeres teniendo sexo, con la agonía entre cuatro muros, esperando el rechinado de la puerta, la llegada de su hijo: el periodista de noticia negra.

La añoranza de hurgar en la basura

*Linoleum supports my head,
gives me something to believe.
NOFX, Linoleum*

El sol nos azotaba en las caras, la furia y la adolescencia corrían por nuestras venas. Dormíamos con las voces de la desesperación sobre las orejas sucias. Aullidos y palos, familias disfuncionales, patinetas rotas.

Hacíamos serigrafía en nuestros cuartos vacíos, plasmábamos esas cuatro letras mayúsculas sobre playeras pajizas, nadie en la calle sabía a que nos referíamos. Las chicas con las que cogíamos preguntaban su significado: mierda, no nos interesaba explicarlo, no nos interesaba nada.

Vagábamos por solares baldíos, pepenábamos chatarra, picábamos con fustes de escoba el ano de los perros muertos, corríamos, saqueábamos, peleábamos. Las voces de nuestras madres forzándonos a entrar en razón y esas putas letras una y otra vez haciendo mella en nuestras cabezas teñidas de rojo: *Trip down the stairs into hell / Cathay de I miss your smell / A mixture of puke, beer, stale piss / Fuck, sweat, and fear.*

Apenas y soñábamos, con los walkman recosidos a los tímpanos, incesablemente, esas coléricas canciones que no duraban siquiera un minuto. Cuando tu vida corre rápido, sesenta segundos es mucho tiempo para dar oídos: una batería posea, atropellada, seca, baquetas contundentes como para romper el cráneo de tu abuela, riffs mal ejecutados, letras energúmenas, rabiosas. Nada de filosofías falsas. Personalidad, temperamento y furia nos bastaban para soportar una década tan aburrida como el puto Nintendo.

El punk tenía las letras precisas, el encono que necesitábamos para existir. Se convirtió en el mejor sitio, sin pretensiones, en un lugar al que podíamos regresar, cerveza en mano con la seguridad de que todo estaría bien. Ya nada es lo mismo desde entonces, NOFX no ha hecho un buen disco desde el *Pump Up the Valuum*. Dinero, más brillantina, plástico y mala música.

Todos putean ahora, Fat Mike se pinta la cara de payaso arriba del escenario en el Late Night de Conan O'Brien; Eric Melvin usa faldas de flamenco y al Hefe se le ha olvidado el español. Todos putean a su manera, mientras nosotros, la generación X, la generación de los *Fuckin' baby boomers*, desde nuestras trincheras de existencias tristes, viviendo al día, con los puños aferrados, amargados hasta el cansancio, aún sentimos la nostalgia de hurgar en la basura.

Inhala

Si el aire huele mal, sería incapaz de decirlo.

Chuck Palahniuk, Asfixia

Avenida Reforma. Le dices a tus pies que caminen y se entregan furtivamente al pavimento como dos pequeños navíos errantes. La melodía de los walkman se te clava en la cabeza, esa sintonía sin par de la música sonidera te eriza las venas y entras en un mundo que no es nada ajeno a ti, eres parte de este pedazo de infierno llamado ciudad, representas a los hijos del arrabal, a los perros con lenguas sedientas, al ciego errabundo en las calzadas, a la prostituta afanosa en las esquinas, al enfermo colérico en los psiquiátricos, al barrio que te vio crecer.

Llevas en tu cuerpo el olor de las carnicerías mohosas, del hambre en tu estómago y de la marihuana impregnada en tus dedos. Representas a todos los indigentes del mundo, los pordioseros, los humildes, los desheredados y todo calificativo con el que se pueda llamar a la pobreza. Has sido violado cientos de veces, tanto carnal como metafóricamente por la burguesía, tus manos se entregan al atraco, tus pies al vértigo de las calles que te ven correr aterrorizado de miedo. La cárcel es tu cálido y segundo hogar, tu nombre es Cosme, Juan Pérez, Licántropo, Judas, Nabal. Se te ha visto robar libros de poesía en las bibliotecas, eres un mártir de la indiferencia urbana, si fueras escritor tendrías algo que decir, si fueras político seguirías malversando como lo haces ahora, si fueras alguien seguro vivirías una vida; inhalas.

Este suburbio te aburre, caminas un poco más y el hambre destruye toda visión de seguir andando, inhalas, te sientas bajo el ángel, los autos te envuelven como moscas gigantes y las personas son como pequeñas larvas adosándose hacia ti. Inhalas, te escondes al ver la figura de los policías, ya te han roto tres costillas, cuatro dientes, dos dedos y toda dignidad. Caminas, inhalas, te arrinconas, inhalas, te amurallas a las avenidas, esperas unas manos que te arresten, los brazos de un padre que te abrace, la voz de tu madre que te arrulle, no esperas nada, esperas el bajón y con suerte un poco de comida. Inhalas. Esta es tu andanza diaria, a las seis de la tarde ya estarás mejor para conseguir dinero y tomar el metro hacia tu barrio, o bien, puedes transitar hasta media noche y dormir en la calle. Inhalas.

Uno que otro bulto que camina a tu lado se acerca para aventarte una moneda o para vociferarte cualquier insolencia, inhalas; bajas las importunadas escaleras del metro donde la oscuridad lo reina todo. Las voces prendidas de los transeúntes dibujan fantasmas, tus ojos se prenden como guijarros escarlatas, como lámparas fugaces; los demás se abrazan a los vagones del metro como si fuera una figura maternal, y ese es precisamente el sentimiento que no has conocido nunca y nunca sabrás cuál es tu origen y tu destino.

Subes al soñoliento vagón perpetuado de gente con sueños infértiles, no es necesario solicitar un asiento, la gente huye, sigues inhalando. Un policía te observa fuera del vagón, tiene miedo, la inseguridad ha sembrado el temor en los corazones de los uniformados y éste no es la excepción; te mira, lo miras, oprimes la bolsa en tus manos y la envías trémula hacia tus labios, temblorosa, sigilosamente; te mira, lo miras, inhalas, quiere decirte algo, tal vez bajarte del tranvía y darte una paliza, pero no te expresa nada, no concibe nada, te observa, lo observas, tus ojos se confunden con los suyos, tus ojos son los del él, inhalas, lo observas, el vagón emprende su viaje, lo ves

despidiéndose de ti con una mirada afligida, lo observas marcharse desde fuera del vagón con el saco de pegamento en su boca, trémulo, miedoso; ca-minas, observas la estrella de tu uniforme, miras al cielo con la cara erguida, caminando derecho, con la moral en alto, sin voltear atrás.

La voz de Tom nunca nos fallará

*Seremos poetas entonces,
para no dejarnos matar por nuestro bien.
Juan José Macías, Realidad y pensamiento
en Félix Dauajare*

En un rincón desordenado, cuando el alcohol ahoga las estancias y la luna bruñe los pavimentos, los fracasados mugen en pos de una canción áspera, aullidos de angustia por la vida inútil, por el detrimento de la lozanía gastada en años de cine y felonías absurdas, de literatura explícita y pornografía violenta, onanismo, Benadrex y peer-to-peer, nada que te haga pensar en absoluto.

La melodía considera emerger de las coladeras, arrastra vómito y orines a la superficie, calienta el lugar, arroja los sueños y las ilusiones perdidas, atrae el semen rancio, las caricias golfas, los besos prostituidos. Melodía de vagabundos a media noche, coro de niños reventados, dientes rotos, sangre brotando del hocico del diablo, himno de la última aurora, una voz desabrida, manada de la tráquea de un cadáver, poema de las estancias felices que esperan suicidio y perfección. Todo es rancio, la humanidad no es del todo necesaria; si hay alcohol en las venas, nadie es imprescindible, todo el amor del mundo puede ser comprado durante una noche en un putero para ser escupido al amanecer.

No hay olvido, no hay perdón, sólo la resaca duradera. Balada de la derrota; voz atropellada por una pipa de gas en una colonia soli-taria, palabras añejas en whisky, rasgadas por un alambre de púas, resueltas a base de nicotina y ronquera, de escupir sangre sobre el piano —el piano ha estado bebiendo, no yo—.

Cerveza fría en una noche caliente, estos días parecieran derretir el alma; decadencia tipificada, ansiedad, desobediencias carnales y un hombre muerto que sigue cantando debajo de las aceras, en los sumideros, esa tonadilla que surge de los suelos, como la mierda cuando llueve y los perros no pueden regresar a casa. No atiendo nada, solo un rugido vocal que viaja desde Pomona hasta este agujero.

Mi cuerpo ya no es una perilla de boxeo cuando él canturrea, a falta de Bourbon mezcal barato, jarabe para la tos, un par de bocinas desgajadas, un cubo para mear, otro para vomitar, colillas, llanto y dos perdedores que cantan: «Vamos a ir a donde siempre es primavera / la banda está tocando nuestra canción de nuevo / haz de cuenta que tú no me debes nada / hagamos de cuenta que podemos traer de vuelta los viejos tiempos / porque todo el mundo es verde.»

Esta borrachera no terminará nunca, aunque tengamos que dis-tanciarnos y llevar la fiesta por separado, salir de rumba, ir al cine o conseguir un revólver; esta embriaguez no saldrá, porque todas las borracheras de esta ciudad son nuestras borracheras también. El malestar se marchará cada que una persona remede esta canción, el alcohol en nuestros cuerpos se reafirmará y viviremos cantando de nuevo, coreando y bebiendo, meando en las palanganas, hablando hasta el hastío, bebiendo sin dejar de parlamentar, aun así tenga-mos que retener el vómito en nuestras bocas, esta borrachera no terminará jamás, porque la voz de Tom no nos fallará nunca, la voz de Tom no nos fallará todavía.

Me voy a tirar sin pedir permiso

Charly lo hizo el 3 de marzo del 2000 en las instalaciones del pomposo hotel Aconcagua en Mendoza, Argentina. Se encontraba en el noveno piso, a veinte metros de altura sobre el sector de una pileta con tres metros de hondo a medio llenar, como le señalara un joven bañero siete pisos más abajo. Eran las 12:30 cuando García se instaló en el balcón, enfundado en unas mallas rojas, drogado hasta el culo, acicalado como una geisha y flanqueado por un par de muñecos —una repisa para CD con una cabeza de gato siamés y un inflable del gato Silvestre— intimó a saltar.

Comprobó primero la parábola que ejecutarían los dos muñecos al volar. Examinó el impacto de los objetos al desplomar sobre el escaso bloque de agua: el gato de madera golpeó el costado de la piscina y se quebró, el inflable de Silvestre cayó en medio de la pileta, luego, el descarnado cuerpo del flaco, cortó el aire y aleteó como queriendo sortear la corriente que lo hacía volar. Cayó de espalda casi sentado, y subió a la superficie como si nada, pidió Coca-Cola con hielos y respondió a un par de preguntas que le hicieron los periodistas: «Esta es la primera cosa deportiva que realmente estoy disfrutando».

Durante mucho tiempo no pude dejar de ver aquel video del de-moledor de hoteles saltando desde el noveno piso sin alcoholizarme a la postre. Me producía una especie de exaltación etílica, de fruición axiomática. Codiciaba aquella zancada, me imaginaba a mí mismo surcando los aires con nada más que alcohol en el cuerpo: whisky y un par de porros para afinar el espíritu. Un salto que me despejara la cabeza de los problemas cotidianos, los trabajos cutres y las preocupaciones frecuentes. Vencerme en la pileta, liberarme, sumergirme cada vez más hondo.

Ahora, cuando me encuentro en el borde de la terraza de un hotel tedioso y el reflejo del sol en el agua denuncia la existencia de una piscina, lo pienso irasciblemente: arrojar el ventilador, el televisor o la computadora portátil; estudiar su vuelo, su holgura, su caída, para después armarme de valor y brincar de una buena vez. Pero nada, una frecuencia, la nota de una canción, el gemido de una mujer, un par de copas al chocar me regresan a la realidad y al pesimismo.

Aunque el hombre no puede saltar fuera de su sombra, sí es posible saber, como lo dijo Oscar Wilde, que la única forma de vencer una tentación es dejarse arrastrar por ella. Por eso sé que lo voy a hacer, con piscina o sin ella, de diez a treinta metros, con whisky o mezcal. Brincaré y será un salto homérico, fuera de las circunstancias, un salto inmediato. Entonces sonará, como un cameo, aquella canción: «Me voy a tirar sin pedir permiso / me voy a tirar al mar / me voy a tirar aunque sea por vicio / me voy a tirar igual». La corearé en el aire, besando la tempestad.

Random

Siento como si me hubieran apaleado diez mil policías al mismo tiempo. Jodido, desbocado; creo que anduve siete cuadras descalzo y sin ropa. La afluencia pueblerina no ve todos los días hombres corriendo por las avenidas con una lanceta en la mano. Salté desde el tercer o cuarto piso, no me pasó nada, ni un solo rasguño. La sangre en el cráneo es por un golpe que me propiné con un juguete de André, uno grande, un camión de carga. ¿Quién a los dos años quiere manejar un camión de volteo? Aborrezco los juguetes que incitan a los niños a desarrollarse laboralmente en un oficio fastidioso y execrable cuando el futuro los alcance.

Admito que quise ser como Charly, ya saben; sólo que sin alberca, sin noveno piso, sin talento y sin dinero para viajar a Rosario, mucho menos para hospedarme en el Hotel Aconcagua. A Charly le gusta la Coca Cola, a mí el café, pero eso no me convierte en un intelectual, y Charly no es ningún pendejo, aunque ahora esté feo y gordo.

Escribo porque no sé hacer otra cosa, como diría Andrea Camilleri en aquel poema traducido por Carlos Gumpert, escribo porque siempre es mejor que descargar cajas en el Mercado República, escribo porque al final puedo tomarme una cerveza. Alberto Manguel, por ejemplo, dice que escribe porque no sabe bailar el tango, tocar un instrumento musical como la celesta o el glockenspiel, resolver problemas de matemáticas superiores o correr un maratón en Nueva York, qué monótono y triste debe ser eso.

Aunque en el fondo sí sé hacer otras cosas, como encabritarme a la primera de cambios, a la menor bravata, ponerme punk. Mis amigos piensan que soy como Hulk el hombre verde, aquel que tuvo el accidente con la bomba gamma y los nanomeds hasta convertirse en el Hulk que todos conocemos en historietas, caricaturas, series y películas malas. Mis amigos comentan que soy como ese personaje trivial, dicen eso porque son personas elementales y con poca imaginación.

Yo pienso que soy más parecido a ese futbolista uruguayo que mordisquea a todo el mundo. Guillermo expone que Luis Suárez fue víctima de un verdadero y sibarita «canibalismo moral» por parte de sus detractores. ¿Tenía antecedentes penales en el fútbol? Sí, como cualquier jugador que durante su carrera ha golpeado tobillos o se ha barrido de manera desleal. Guillermo tiene una editorial en la que no me van a publicar nunca.

Lo políticamente correcto sería decir que soy random, como el Señor Hyde, el del extraño caso, con una segunda naturaleza, que en lo que a mí concierne es controlada a base de Sertralina, Tafil y Risperidona. Un individuo que vive el conflicto interior del ser humano entre el bien y el mal, entre el desequilibrio y la razón, entre el pudor y la cachondería; disoluciones que me incitan a convertirme en un Mr. Hyde muy agradable. Pero esa es una historia colgada y redundada hasta el cansancio, la historia de Robert Louis Stevenson, no la mía, que es deplorable y que además no es historia.

Me gustaría haber escrito ese poema de Girondo —a los poetas cool no les gusta Girondo porque sus poemas salen en una película argentina muy cursi, aunque todos los poetas cool son cursis—: «Yo no tengo una personalidad; yo soy un cocktail, un conglomerado, una manifestación de

personalidades. / En mí, la personalidad es una especie de forunculosis anímica en estado crónico de erupción; no pasa media hora sin que me nazca una nueva personalidad». Aunque sólo me sé esa parte de memoria, el poema se llama 8, del libro *Espantapájaros*.

Leí *Noche tótem*, la antología poética de Oliverio Gironde mientras esperaba mi turno para ingresar al consultorio de mi psiquiatra. Me creo mucho cuando digo «mi psiquiatra», como si sólo trabajara para mí, pero eso no es cierto, porque «mi psiquiatra» trabaja para otras trescientas personas, o al menos unas doscientas ochenta. En los hospitales hay mucha gente que se agrupa con el psiquiatra, en los hospitales leo mucho.

Joel tiene un cuadro de Goya en la pared, no sé por qué. Joel es el psiquiatra y el cuadro se llama Venus devorando a uno de sus hijos. Dice que debo alimentarme bien, me cuenta un choro sobre el hambre y la locura en la Alemania nazi, o lo que se conoce como el «Plan de hambre nazi» de Herbert Backe, un plan que eliminaba los suministros de alimentos a las grandes ciudades de Ucrania y Bielorrusia con la intención de matar por «Hambruna planificada» a la mayor cantidad posible de población eslava. Backe llegó a sugerir que varios millones de habitantes civiles en Rusia y Ucrania eran innecesarios, para justificar así el *Hungerplan*; un método que nada tenía que ver con la locura, pero eso Joel no lo sabía, y aunque traté de hacerlo entrar en razón sólo conseguí que aumentara mi dosis de ansiolíticos, neurolépticos y antipsicóticos que me mantienen la mayor parte del día apaciguado, la mayor parte de todos los días apaciguado, a excepción de hoy, que siento como si me hubieran apaleado diez mil policías al mismo tiempo.

Mortuorio

Y entonces me iré con toda seguridad derecho al infierno.

Y de allí ya no me sacará nadie...

Juan Rulfo, *Macario*

Estoy sentado junto a la alcantarilla aguardando a que salgan los deshechos. Anoche, mientras padre moría, Ana y yo estábamos cogiendo. Comenzaron a armar el gran alboroto, pero nosotros no paramos hasta que amaneció.

Habíamos leído aquella noticia en el *San Luis Hoy: La empresa funeraria Tangassi descarga tejidos humanos sobre el drenaje municipal del Barrio de Tequis.*

Ahora mismo veo pasar una especie de riñón, quizá el izquierdo, un bandullo dilatado y verdoso, quizá un intestino, y mucha sangre. Padre fue un violador, pero fue un padre para mí a final de cuentas. Los padres son los huesos con los que los hijos afilan sus dientes y hoy tengo hasta el aliento filoso. *De los cadáveres extraen sangre, tejidos blandos, alimentos, heces y otro tipo de fluidos que depositan en el desagüe.*

No me dolió cuando me la metió, juro que no me dolió. Es peligroso masticar el dolor cuando se cavila en la venganza, con el coraje mordiéndote la lengua, sacudiéndote la piel. Les juro que no me punzó nada, aunque mi culo en ese entonces fuera tan pequeño y cristalino como una canica, un ojo de gato, pequeño y hediondo.

Sigo mirando hacia abajo, percibo un hilo rojizo que apesta. Observo algo que podría ser la parte de un páncreas, una víscera, algo violáceo y sucio. *Las empresas funerarias deberían ser sancionadas por la Comisión Estatal para la Protección Contra Riesgos Sanitarios (Coepris), por embalsamar cadáveres sin cumplir las normas sanitarias.*

La esencia de mi padre transita con exquisitez por las tuberías, los desagües, las cañerías de estas casas «bien», de estas viviendas chocantes y arcaicas. La condición de mi progenitor como una premonición, un recordatorio de que aún está por aquí, de que aún puede violarlo todo, aunque ahora todo se trate de peste y fístulas. ¿Puedo sentir satisfacción?

Sé que aún reza su sed de lubricidad, que su verga aún infecta, contagia y husmea. Aunque te hayamos intoxicado padre, y hayamos cogido después con tanta vehemencia anoche que Ana se veía tan bien y no tan maternal como cuando yo era un niño.

¿Puedes violarme ahora, padre?, ¿traspasarme brutalmente por mi conducto como por el ano fruncido del niño que algún día fui? Sabes que nunca me desagradó del todo. Sabes que no llegarás más lejos de donde estoy sentado ahora, junto a la alcantarilla esperando a que salgan tus deshechos. Y no han parado de brotar en todo este rato que llevo platicando. Qué lejos llegaste, papá, ¿puedo sentirme orgulloso? Tu cuerpo ahora es sangre para los misericordiosos, mierda para las alcantarillas.

Mi lado derecho

No soy aún el otro.
José Álvarez Baragaño

Cuando desperté esta mañana me cercioré por completo, después de observar la bifurcación en mi alcoba, que el lado derecho de mi cuerpo se había separado completamente de su lado izquierdo. Se había marchado mientras yo dormía. Quizá salió a transitar por la noche y se extravió en el camino de regreso, o tal vez alguien más irrumpió en mi alcoba y lo secuestró. O simplemente se fastidió de mí y decidió largarse.

No me siento consternado por verme izquierdo de por vida, ya que el izquierdo es un lado modesto conmigo, sino por la incógnita de no saber en dónde se encuentra mi punto diestro, el misterio de no conocer por qué parajes, avenidas, tascas o callejones se encuentra el infeliz.

Este despistado fragmento derecho es tan moralista, y reformista hasta el cansancio, que corre el riesgo de ser embestido por rapaces lados izquierdos al igual extraviados. Todas las noches se pierden lados derechos o izquierdos injustamente, y sobre los camastros quedan tendidos mitades de hombres desconcertados.

Llegará el momento en que se unan aquellas fracciones según la atracción de sus lados, sin raciocinio, solo por la necesidad de verse completos. Lados izquierdos unidos con lados izquierdos que pugnan al caminar hacia un mismo itinerario, o lados derechos pares que darían clases de ética en una escuela normalista. Se especializarían las tiendas en zapatos izquierdos o derechos exclusivamente y habría que fundar una aldea de trozos derechos que se fronterice con los sectores izquierdos para forjar restricciones y discrepancias políticas. Los fragmentos izquierdos serán clementes, portadores de bienestar y prosperidad, mientras que los derechos serán protervos y sólo querrán traer peste y hambruna.

Llegará el día en que los pares derechos nos gobiernen arbitrariamente, entonces los zurdos comenzarán una rebelión y acaecerá la guerra de partidos derechos contra los partidos izquierdos.

Yo no quiero, me niego a ser dominado por lados derechos totalitarios o ser representante de un lado izquierdo idealista. Tengo miedo de salir a la calle y que mi superficie izquierda se enamore de su homónima y empiece así la hecatombe. Es mejor esperar tumbado a que vuelva y rectifique que un lado derecho no es nada sin su lado izquierdo; por lo pronto permanezco bajo los efectos de mi lado siniestro. Todo pasará, me dice mi mano zurda, acariciando mi desolación.

Sicario

Abrazó con fuerza el retrete en el cual depositaba los desechos que fugaban de su boca. Observó el grana de la sangre escurrir sobre sus labios. Se sentía enfermo. Continuó vomitando pequeños trozos de existencia, con cierta repulsión.

Caminó por todo el departamento, un bloque pequeño colmado de pistolas viejas, armas en desuso, anticuadas frente al reciente arsenal del hampa y los cárteles contemporáneos. Se quitó las botas, sus pisadas se volvieron débiles. Su monólogo interno se dejó llevar por la música que se filtraba desde la calle pintando de manera despreocupada el aire. Se recostó en la cama, encendió el televisor, sintonizó un canal de noticias:

Una mujer que trabajaba para el Cartel del Golfo, fue capturada por otro grupo criminal. Su decapitación es la más rápida que se conoce hasta ahora en la historia del narco mexicano: en un abrir y cerrar de ojos, sin que la ejecutada alcance siquiera a emitir un grito de agonía, el verdugo toma el cuchillo y le corta el cuello, separando después fácilmente la cabeza, que parece mirar hacia la derecha, como si aún tuviese vida.

No había vuelta atrás, se había convertido en un humanista y la sangre le producía un asco inigualable. Apagó el aparato, miró los muros deteriorados de su habitación, anheló reponerse pronto.

Fue entonces que los recordó. Hacía décadas que no los veía, con su oficio era absurdo tener una familia, así que decidió dejarlos. De quien más se acordaba era del pequeño. Había escuchado por otros hombres que se había convertido en un sicario. Quería reunirse con él a como diera lugar, pero su buzón estaba lleno de correspondencia que nunca había llegado a su destino o había sido devuelta, era claro, ellos no aceptaban su dinero ni sus cartas de arrepentimiento.

Recorrió con la mirada el apartamento, sólo recuerdos de muertes ajenas habitaban en él, la casa era un panteón, había vómito por todos lados y un olor añejo gobernaba el ambiente. Era un hombre marchito, leía novelas policiacas para entenderse a sí mismo, pues era como mirarse en el espejo, pero sentía lástima por aquellos escritores que insistían en hablar de la sangre cuando nunca la habían hecho brotar, ni la habían visto escaparse de un cuerpo sin vida. Todo ese lenguaje utilizado una y otra vez para describir la muerte le ocasionaba náuseas, aunque se sentía menos culpable al comprobar que un grupo de prosistas ingenuos, compartían la misma locura.

El teléfono no cesaba de repicar, por más que quisiera ignorarlo. Había rechazado demasiadas ofertas de trabajo, aun sabiendo que ese hecho se pagaba con la propia vida. Tenía la orden de asesinar a un empresario, pero se sentía viejo, en decadencia para ese encargo, y sus impulsos ahora humanitarios se lo impedían.

Entonces lo abordó un presentimiento. Se dirigió al lavabo para recoger su dentadura, que flotaba en un vaso de agua, cuando escuchó el forcejeo contra las cerraduras: alguien había ingresado a su departamento. Percibió su andar despreocupado, corrió a la cama y se echó en ella; hundida la cara en el almohadón emitió un grito reumático seguido de una carcajada turbia. Finalmente quedó

inmóvil, entregado al flirteo del ejecutor. Rompió a llorar.

Aquel joven lo miró indiferente mientras una de sus manos sujetaba el arma dirigida a la nuca, sintió el hierro helado clavándose en la piel, pero aún le quedó tiempo para oír dos palabras en la boca del verdugo.

Misofagia

Fiel a mis costumbres sólo como hembras inteligentes y perspicaces, que en estos días de internet y paliativos son irremisiblemente difíciles de encontrar. En verdad no existe relación directa entre el IQ y el sabor de la carne; la hay quizá en la exaltación, que a su vez tiene que ver con el gustillo que interpreta el cerebro, pero no con el registrado por las papilas gustativas; eso decae en una perturbación del gusto, y no creo que sea mi caso. Cuando yo ingiero carne de mujer, mis papilas liberan una sustancia llamada adenosina trifosfato, una especie de neurotransmisor que activa mi sentido del gusto; en todo este proceso, una proteína llamada modulador homeostático de calcio 1, funciona como un canal que libera suficiente adenosina para percibir lo salino de la carne de la hembra, un sabor muy similar a la sangre de cordero; puedo distinguir entonces la edad, el tipo de alimentación y las condiciones de almacenamiento que yo mismo le otorgué. Al final, aprecio un ligero sabor metálico como consecuencia de su contenido en hierro, y es ahí cuando llega la eyaculación.

¿Significa progreso que el antropófago coma con cuchillo y tenedor?, preguntaba al aire el poeta Stanislaw Jerzy Lec, el progreso es la realización de las utopías, le respondería un afeminado Oscar Wilde, y mi utopía es el canibalismo. La gente cambia, la luna tiene más cráteres que en un principio y algún día habrá más iPhones que personas en el mundo, ¿por qué no debería yo apegarme a los utensilios contemporáneos para conquistar y asesinar?, Rudy Eugene utilizó la Biblia y la sobrevalorada Vida de Zoé para devorar rostro y nariz del indigente Edward Poppo en el 2012. Nicolas Coccign utilizó unas tijeras industriales con rabia para propinarle docenas de pinchazos en el pecho, cuello y espalda a su víctima. Y como no estaba seguro de si había muerto, buscó un saco de basura y lo asfixió, cogió una cuchilla de afeitar y le abrió el pecho. Según su testimonio, metió la mano creyendo que estaba tocando el corazón, pero como le dijeron más tarde, lo que cogió fue un trozo de los pulmones. Coccign lo hizo por curiosidad, según él, quería conocer el sabor de la carne humana.

Fritz Aarmann utilizó un hacha de partir carbón ayudándose de una sierra de carnicero para desmembrar cincuenta cadáveres que él mismo convirtió en «perros calientes» que después vendería en la estación de ferrocarril en la que trabajaba. Jeffrey Dahmer violó, asesinó, bebió la sangre y se comió —entre otras partes del cuerpo— los cerebros de diecisiete jóvenes, para sentir que pasaban a ser permanentemente parte de él, aparte de la curiosidad de saber cómo eran por dentro. Henry Heepe mató a su madre de setenta y siete años y cocinó un guiso con ella. George Hasselberg confesó haberse comido las entrañas de su amante octogenario, al ser interrogado declaró: «Jamás pensé que podría haber llegado a este extremo». Filita Malishipa, de Zambia, fue condenada a seis meses de prisión tras confesar haberse comido a siete de sus hijos con la ayuda del Demonio. Ustedes disculparán las apologías, pero es que me excita en demasía narrar estas historias. Yo utilizo la lujuria y el Facebook para manipular a mis víctimas, ese progreso con hipo que es la red social.

Conocí a Alejandra en el 2011, tras enviarle una solicitud de amistad que aceptó al instante. Nos hicimos amigos de madrugada, frente al monitor. Yo escribía desnudo, ella en pijamas sugerentes de dibujos animados. Pocas veces activaba su cámara en Skype, pocas veces la vi desnudarse, incontables veces lo hice yo, ella tenía una cara entre el horror y la excitación.

Platicábamos acerca de cine, ya saben, usualmente de cintas populares, de esas que se ven comiendo palomitas en casa o acompañado de tu pareja en las salas de cine. Yo hablaba sobre *Cannibal Holocaust* de R. Deodato, ella sobre la maquillada y sobrevalorada *The Silence of the Lambs*. Yo conversaba sobre Thomas Harris, y aquel doctor regiomontano llamado Alfredo Ballí Treviño, quien fuera la inspiración detrás de Hannibal Lecter. Habitualmente ella me enviaba links que contenían canciones de Led Zeppelin o Pink Floyd, y hablaba de ellas como si fueran el santo grial de todas las bandas. Por mi parte yo enviaba tangos, o le desplegaba el existencialismo latinoamericano explicado en un bolero ranchero, ella se mostraba icónica e indiferente, yo solo escribía.

Recuerdo bien que hablamos sobre aquel bolero titulado Sombras, que interpretó Javier Solís pero que fue compuesto para Blanca Rosa por José María Contursi. Escribía fragmentos de la canción en disímiles ventanas de chat: «Quisiera abrir lentamente mis venas / mi sangre toda verterla a tus pies / para poderte demostrar que más no puedo amar / y entonces morir después». Ella reía en forma de emotición, yo rompía en llanto gracias a mi TLP, y no había link que pudiera curarme.

No asesiné a Alejandra si es lo que están pensando, o burdamente, «no me la comí». Le estaría haciendo un favor, y yo no soy complaciente, soy en todo caso un horrorista. Aunque mis dientes, lengua, estómago y pene me lo pidieran a gritos, no me la comí, sería demasiado bondadoso el acto de hacerlo. Nos vimos solamente una vez, en un café chocante, y me sentí tan insulso que quise azotar su cabeza contra la pared, pero me contuve, sería yo tan estúpido.

Recién paso por una depresión, además del TLP, el trastorno de personalidad, o la bipolaridad. Ya he probado de todo, Tafil, Sertralina, Onlanzaprina, Epival, Concerta y Rivotril. Se me ha inhibido el apetito y la misofagia se ha diluido casi por completo. Soy Nabal y deseo ser devorado.

No me gusta Tarantino

*El Señor Pendejo, es sólo un
instrumento en las manos oscuras de los
dulces personajes que hacen la vida.*

Jaime Sabines, *Algo sobre la muerte del mayor Sabines*

No me gusta Tarantino. Es un pusilánime que no se toma la dirección serio. A él le gusta filmar y filma, y a veces concibe una que otra película monótona y sanguinaria de la manera más gratuita e inverosímil, al borde de las carcajadas. Pero esto sucede porque es un copista consumado aunque demasiado torpe con la lente.

Nos ha enviado a algunos tipos corrientes como Michael Madsen, David Carradine, o Leonardo DiCaprio, o Brad Pitt, para que llenemos las salas de cine. Pero esto a él no le preocupa mucho: nos conoce. Sabe que es mejor ser criticado que ser ignorado. Por eso retomó el reciclaje: para que la basura —no tú ni yo— la basura, sea para siempre.

Ahora los críticos salen con su teoría de la «Ética y estética en el cine de Tarantino». Pero ¿qué importa si el cine en general es un camino falso o una estupidez?

Esto es asunto sólo para las distribuidoras de Hollywood.

A mí me repugna Tarantino. Ha puesto desorden en los festivales de cine y entorpece el tránsito en la fila de las palomitas. Y es tan simple y ocurrente que el otro día descubrí que ha creado —frente al ataque de la publicidad— ¡un par de marcas de cigarrillos!

Geek atacado por un exceso de gesticulación o testarudo atropellado, cuando deja de jugar con sus ninjas remedos de Bruce Lee, filma campos de concentración alemanes o pájaros enamorados del bondage.

Mueve una mano y hace un «refrito», mueve la otra y hace un homenaje deslucido. Y cuando pasa por encima de la prensa, queda el cielo nublado, pedazo de su ignorancia.

Dicen que a veces se indigna y escribe libretos con caudales de sangre injustificada, mafiosos artificiales, hembras frías, detonaciones de hilaridad y clases baratas de esgrima. Pero esto es mentira. Es el cine que cambia —y se avergüenza y vuelve a crecer— cuando Tarantino se aleja.

Tarantino siempre está asediado. Por eso es el preferido de los hipsters, el escogido por los analfabetas funcionales, el más cercano de los azorados, la mujer pseudo-intelectual, las películas de serie B, la katana más cutre, los revólveres de fábula, los smokings fuliginosos a lo Blues Brothers, los «zapateaditos» retro, el desenlace anticipado.

A mí no me gusta, a mí me repugna Tarantino. Que Sam Peckinpah maldiga a Tarantino.

No eres un hombre dragster

Apología de una canción

*Creo que es mejor no saber la letra
de la canción de tu propia vida.
Douglas Coupland, El ladrón de chicles*

Fuiste enviado a beber gin-tonics a una fiesta aburrida en la que no conocías a nadie y no entiendes nada. Observas la luz, ¿por qué estás paralizado? Le temes a la chica de rojos jeans ajustados, le temes a su cama extendida. ¿Por qué no lo escupes ya? Un nacimiento, un escopetazo, un amor. Indivisible suspiro de morfina para la sospecha. Hay perros reventados en los baldíos; tropeles, sepulcros, cárcavas y melancolía, mucha melancolía: simpatía aniquilada por el sol.

Dime ¿quién soy? Todo es repulsión más escarmiento. Tan sólo un hilito de semen desfilando a muy alta velocidad por el muslo blanco de la chica de rojos jeans. No eres un hombre dragster, dijiste, tan sólo una sobredosis más y el miedo de nuevo. A veces la misma canción, a veces la misma multitud gritándote bien fuerte lo que no eres. Sabes que no tienes las Chelsea Boots de John Stargasm, no tienes por lo menos la Quiet Writer para teclear acerca del albor dentro de tus huesos, una ilusión que no puedes disimular y que se burla de ti todas las noches, todos los días.

¿Me dirás quién eres ahora mismo? Eres mi fe; cada prenda que desgarró, cada vez que te maldigo, cada vez que dices que estás bien, hay alguien que solloza bajo la lluvia. ¿Por qué estás tan paralizado? Te sientes como un perro en tu rabisalseña vida y la luz está por extinguirse, un cuchillo Ginsu está cortando un trozo de carne en Medio Oriente, cuánto más se usa más se afila. ¿Por qué no lo sueltas? Cada día que concluye es un boleto para la función, no me digas que no lo sabes, porque yo lo sé.

Ahora soy el falo de un maniquí, un DEFCON 3 amotinador de clítoris rancios. Siénteme, soy golosina, la cachapa de un arma, el piso en tu cara, las olas en tu cerebro, las de Virginia, las mías. A veces es similar a la misma canción, aunque no es siempre lo mismo. Llévame a algún lado donde podamos ocultarnos. *Somewhere we can dance the boogie.* ¿Me dirás quién soy ahora mismo?

Podemos conquistar cualquier cosa juntos

*We can conquer anything together
All of us are bonded forever
If you die I die that's the way it is
Pennywise, Bro hymn*

Era julio de 1996, robábamos discos en Wolf Records. Jason Thirsk, ex bajista de Pennywise moría desangrado tras pegarse un tiro en el pecho con un revólver después de una noche de envidiable borrachera. En aquel entonces habíamos visto Kids de Harmony Korine unas seis veces. Aunque nos cagaba la fotografía presuntuosa de Larry Clark, decidimos seguir el mismo itinerario que en la cinta consumirían Casper y Telly, —Telly era el protagonista chingón, pero nombro primero a Casper porque el tipo nos caía poca madre—. Telly solía acostarse con todas sus amigas «vírgenes». Casper estaba completamente disipado en las drogas. La joda se da cuando Jennie, una de las fundas de Telly, descubre que es acarreadora del sida. Casper se la deja ir hondo.

Saqueábamos los monederos de nuestras madres mientras éstas se calaban en agua caliente con demás subordinados. Sustraíamos caguamas de los estanquillos al estilo Justin Pierce, las hundíamos en nuestros pantalones guangos y después hacíamos skateboarding. Años de práctica y nunca logramos ni un puto ollie. Fuimos a raudales de fiestas y nunca nos cogimos a nada ni a nadie, ni siquiera a las posibles sidosas potosinas; en los años noventa no me hubiera importado mucho, tenía el pito como un pistón encerado ansioso de batir el cigüeñal en un motor monocilíndrico.

Uno de los tantos discos que robamos de Wolf Records, fue el Full Circle de Pennywise, lo hicimos porque nos enteramos de aquella noticia del suicidio, que era tan esperado para los punks, como la obvia corrida facial en una película porno hindú.

Thirsk estaba perdiendo el control de su vida personal por culpa del trago, tanto, que decidió abandonar a la banda temporalmente para iniciar una cura de desintoxicación, pero el alcoholismo y su pérdida pudieron más que los escenarios, y terminó suicidándose un 29 de julio.

He vendido todos mis discos de punk rock para comprar leche en fórmula. Veo en la TV los X Games y parece que fue ayer. Estoy arruinado y grotesco, parece que podré recordarlo.

El punk me taladra el cerebro ahora y aún no he podido hacer ni un puto ollie.

Tipos de mensajería en un chat pornográfico

It seems I saw you in some teenage wet dream.

Pulp, This is hardcore

Flavia_25:

Hola, les escribo desde este departamento sucio y triste porque me encuentro de sobremanera excitada, que eso a su vez, es estar sucia y triste. Ayer me metí una botella de cerveza en el ano, por suerte ésta no hizo vacío. Me contaron que cuando esto sucede, las enfermeras y auxiliares filman y sacan fotos con sus móviles mientras posan o saludan a la cámara. Y que cuando finalmente logran extraerla, ellos la exhiben como un trofeo. Yo no lo sé de cierto, me lo confió una persona muy cercana a mí. Les escribo esta noche porque hoy no quiero meterme nada en el culo, me siento sucia y triste.

Chico_hot_22:

¿Alguna chica en Madrid que me acompañe al cine por compensación económica?, tengo 19 años, y soy mono.

Drake_01:

Soy Drake, aunque mi nombre verdadero es Luis, pero ya hay muchos Luises en el mundo y en los chats, por eso me puse así: Drake, porque se oye bien chingón, y porque también así se llama un rapero de Toronto que mi carnal escuchaba todos los días. Mi carnal se quiso suicidar y ahora vive en un psiquiátrico en donde todos los loquitos ven películas de Sylvester Stallone, amontonados en una especie de recibidor o sala hedionda; excepto él, que se la pasa viendo siempre hacia el limonero, ve como descienden y navegan las hojas en el viento. Yo no sé que tenga mi hermano pero ya no escucha más rap. Les escribo esto porque no me quiero hacer una puñeta solo en mi cuarto, y que mi jefa me cache. Igual y esta noche conozco a alguien interesante, aunque bueno, no necesita ser tan interesante. Soy Drake, la neta tengo la verga chica, pero leo muchos libros.

Moon_69:

Acabo de abrir una botella de champaña. Busco pareja nocturna en San Luis Potosí, en especial que le guste la música de Ray Coniff. Recién puse Sólo tú en el reproductor, mientras rasgo mis medias, lo que me hace ver aún más sexy de lo que estoy. Fui secretaria durante tres años, pero me echaron por hacer cosas que las secretarias hacen siempre con sus jefes. Tengo puesto un baby doll negro que compré esta tarde en Milano, quiero hacer el amor escuchando Se busca de Doogy Degli Harmonium, y recordar así mis dolientes XV años.

Axel_hot:

¿Alguien a quien le dé morbo escuchar cómo me masturbo sobre fotografías de famosas?

Allan:

Soy Allan, desde hace dos meces que tomo Rivotril y Clonazepam para la ansiedad. No se me para por nada del mundo. Pasaba por aquí para recordar los viejos tiempos. He hablado en línea con otros chicos que de igual forma toman lo mismo y a ellos sí se les para. Quizá lo mío sea sintomático, o temporal, o posiblemente esté de sobremanera deseoso. Tampoco puedo dormir. En la noche veo documentales de guerra y leo libros de Xavier Velasco. Me quiero morir y no sé bien por qué, quiero

encontrar a alguien por este medio que me haga pensar en lo contrario.

Mastersexxx:

Hola, soy un madurito vicioso que desea chica muy hot para sexo por cámara, si te apetece, deja privado.

Charles_Vergas:

Hola, soy un Chico que cuenta relatos eróticos muy calientes. Busco mujeres de cualquier edad, adolescentes, jóvenes o maduritas, para narrarles mis acontecimientos sexuales. Lo he hecho en todos lados, en aviones, rascacielos, avenidas y universidades. No me da pudor exponer que tengo VIH.

Axpero_1:

¿Acaso me sacaré hoy la lotería encontrando a una chica gordita? Me encantan, me fascinan, ¿hay una en la sala?

Ethan:

Hola, pido ayuda en este foro. Ya lo intenté por otros medios sin obtener una respuesta favorable. Estoy demasiado triste y deprimido. Hoy me han detectado un tumor en la cabeza. Estoy mal de los riñones, tengo artritis y una lesión en el diafragma. Lo que es peor, no tengo dinero para curarme. Mi familia no me apoya, tengo 18 años, vivo solo, trabajo y estudio. A veces no como porque no me alcanza el dinero. Me siento solo, no tengo amigos, los que dicen ser mis amigos solo llegan a mí para que les ayude en tareas y trabajos, luego se van. Ya no puedo más, siento que estoy vacío sin alma ni espíritu, he luchado por salir adelante pero ya no puedo más. Mi espíritu se ha quebrado. No tengo familia ni amigos, nada, no tengo nada. He estado a punto de morir y no hay nadie para apoyarme. En fin, siento que no existo.

Ayúdenme por favor. Ya no tengo ganas de vivir, ya no puedo más. Quisiera hacerme mil chaquetas al mismo tiempo.

Millany_D:

Tengo 20 años y quiero encontrar un método diferente para sentir placer que no sea una almohada, u otro aditamento (varón). Quiero que sea algo natural y espontáneo.

¿Será que el tantra me ayudará?, dímelo tú.

Locke_69:

Español de 48 años busca chica joven, atrevida y morbosa para vernos por cámara y darle su leche. ¿Alguna chica voluntaria se anima?

Karla_23:

Bueno, primero que nada amo a mi novio, no obstante siento que él tiene algo de culpa en este problema. Cabe destacar que he estado deprimida estos últimos períodos. Me siento muy triste y no sé por qué. Hace unos meses no le veía sentido a la vida. El punto es que yo era súper sexual, me encantaba hacerlo con él (mi novio) todo el día. Pero él siempre estaba nervioso porque tenía miedo de que mi familia nos encontrara, se venía muy rápido o ni siquiera acababa. Lo hacíamos en su casa y bien, pero ahora no quiere hacerlo. Las veces que lo hacemos él llega súper rápido, tanto que yo quedo con ganas de más. A veces hasta me llego a encrespar excesivamente porque casi nunca tengo un orgasmo. Yo le ruego que piense en otra cosa para que aguante más, y cuando se viene rápido

siempre se excusa con que él sí trabaja, y que está muy cansado, siempre está cansado. Yo era tan sexual y ahora ni me excito ni nada.

Mis órganos no reaccionan, y es tan triste, odio esto. Puedo acabar pero después de un rato, ya mis orgasmos no son tan intensos como antes. Hemos tenido muchas peleas porque me provoca y después me sale con que está muy cansado, ya saben. Hoy le di unos besitos y me dijo que lo hiciéramos, pero yo ya no tenía ganas, y me dijo que para qué lo provocho si no hacemos nada, y yo pues sorprendida ¿verdad?, le digo que son pocas veces en las que le digo que no, y me dijo que ya muchas veces yo lo he rechazado ¿ustedes creerán?, insinuando que casi no lo hacemos... y eso me dolió en el alma, la neta, porque considero que lo hacemos bastante y yo siempre quedo con ganas de coger y muy frustrada. No sé qué hacer, quiero que esto se solucione.

Leí que algunas pastillas como la Sertralina o la Olanzapina hacen que una no se excite. No sé si sea cierto. Pero yo he estado tomando unas para un problema que tuve en el cerebro. Como sea, necesito a un hombre que sepa coger largo y tendido, me llamo Karla.

Nabal:

Soy un desempleado más del nuevo sexenio. Hace un par de años era un maestro universitario medianamente respetable, pero eso fue antes de la depresión. Ustedes creerán que después de impartir cátedra en las aulas magnas más importantes del país e impartir talleres de doctorado en diferentes instituciones de renombre, no pueda ahora siquiera sostener una conversación. No quiero encontrarme con nadie en la calle o el colectivo; ni hablar de nimiedades como del clima o el puto Gato de Schrödinger. No me distrae el cine, la literatura mucho menos.

Quise flirtear un tiempo por Internet, pero solo conseguí que se me tachara de embustero. Los doctores en letras no conciertan citas por Chat. Cuando podía, leía cantidades acerca de la misofagia, como especialización, pero la bibliografía en el tema es muy reducida, en comparación con las toneladas de referencias que existen sobre la antropofagia. Preferible el pragmatismo, sólo hay que saber delimitar y ser un tanto clínico. No me interesa más escribir, tampoco cargarme a una mujer entera, inclusive, me da tedio morir. No es agonizar lo que me anima, es el medio, diría un sobrevalorado McLuhan. Soy Nabal, si se sienten atraídos, deseo, por sobre todas las cosas, ser engullido.

Apuntes de un padre hikikomori

*Bonito ejemplo das a tu hijo.
Te debería dar vergüenza. ¡Granuja!
Vittorio De Sica, Ladrón de bicicletas*

Los coqueteos de la noche ya no me provocan entusiasmo, ni sus tragos, ni su música nefanda. Las chicas que antes me abrían sus piernas pueden cerrarlas en mi presencia, separarse y entregar su aroma de langostino rancio a otros hombres más idiotas que yo. No quiero las travesías de la noche, sus risitas estúpidas, su estridencia, tengo mejores ocupaciones que atender. No quiero ver la luz de la luna ni siquiera por el costado de mi ventana, no soy un bohemio, no soy un mentecato más.

Es viernes y los rumores nocturnos se filtran por la portilla, no voy a aguzar los oídos, me niego a ser partícipe de la gansada de salir a la calle para enfriarme el culo en el taburete de un antro fresa, o significar en ciertas charlas sin rumbo, ni rodar en el desfiladero de la sosería.

La mirada cariñosa de André circunda mi figura enfermiza y anhela —ordena— que deje de apalea el teclado de una maldita vez. No quiero más que vencerme en la cama con su regordeta sombra, escuchar su respiración pausada como si fuera un one wonder hit y ver una cinta de Gene Kelly toda la noche.

El mundo puede irse entero al carajo porque en casa lo tenemos todo, tenemos el DVD de El Ladrón de Bicicletas que veremos una y otra vez, mientras lloriqueamos inconsolablemente con el final, justo ahí donde Bruno tropieza y sujeta tiernamente la mano de Antonio Ricci, su padre. Tenemos Nutella y la obra completa de Roald Dahl, e incluso compramos el *Where the Wild Things Are* de Maurice Sendak que leeré mientras el sueño te vence los ojos y yo, con la camiseta manchada de puré de pera, gimotearé y sentiré miedo de las aventuras de la noche, la noche que apenas ayer se me habría filosa.

Salvaguardaré tu estancia en casa, bifurcaré las eventualidades y alejaré de ti toda expresión de crueldad, traeré hasta tu alcoba, de ser necesario, el centro comercial y su carrusel de auroras con fieras voladoras, tendremos un dealer personal de leche y toallitas húmedas, lo prometo, y mamá hará cupcakes de oreo cuando las lágrimas afloren.

Gene Kelly está cantando bajo la lluvia con un hermoso traje gris y un sombrero fedora negro, ha cerrado el paraguas y se ha puesto a bailotear, en este momento se balancea alrededor de un poste de luz y saluda a un par de señoritas que se cubren la cabeza con papel periódico, y en este instante, en que el universo puede contraerse y volverse a expandir, yo seguiré forrado en mi pijama, apartado de todo, preparando leche de fórmula.

Indigente en las fiestas

...cuando estás en la
calle, te das cuenta de
que todo tiene dueño,
de que todas las cosas tienen candado.
Charles Bukowski, *Vidas en la basura*

Hace tiempo que para mí, las fiestas resultan un fracaso en el menesteroso ánimo de la clase popular. Nadie lo quiere juzgar, los jóvenes son unos estúpidos. Las mejores fiestas se dieron en la Grecia antigua; después de eso no hay nada, ya te lo digo, nada. De aquellas celebraciones, las más aparatosas eran las dionisiacas, que tenían la complacencia de durar siete días y eran reventadas en la primavera, porque esos hombrecillos creían que Dionisos traía consigo a la estación y el libertinaje. En los reventones dionisiacos no se dejaba de beber e incluso se dice que existía una especie de baños exclusivamente para vomitar y poder así seguir bebiendo sin complicación alguna; además de eso, las mujeres eran entregadas a una depravación que les resultaba prohibida los demás días del año. Nada que ver con las reuniones actuales.

J. D. Salinger escribe en su novela *El guardián entre el centeno* que no hay sala de fiestas en el mundo entero que se pueda soportar mucho tiempo a no ser que pueda uno emborracharse o que vaya con una mujer que le vuelva loco de verdad. Yo, que dejé de emborracharme y que las jóvenes dejaron de parecerme interesantes, me angustio sobremedida en las fiestas. Prefiero quedarme en casa tumbado a ver el salva pantallas de mi computadora, antes que ser partícipe de ese circo humano en el que todo mundo aparenta ser feliz. ¿Qué celebra el hombre contemporáneo? Siento un malestar profundo al presenciar a los invitados de un festejo llevarse inconscientemente las copas a sus bocas fétidas, si quitaras la música y encendieras las luces verías el mismo anfiteatro que yo, distinguirías el desamparo que advierto en los ojos de los concurrentes; vestidos para la ocasión, sentados en sillas dúctiles o estancados sobre sus dos patas, conllevando simplezas. La fiesta es un coliseo en el que no quiero ser exhibido.

Ya no salgo, ni siquiera por curiosidad, me he convertido en un anciano prematuro; ya lo señala Nietzsche: la curiosidad y el espanto terminan siempre por cansarse. Sin embargo, ayer caí para mi desventura, en una de esas fiestas. A los cinco minutos me sentí extraño. Me puse a examinar el contexto, primero las vestimentas: la gente gasta toneladas en las ropas más ridículas para figurarse; indumentarias que terminarán, al final del día, profanadas de vómito y semen. La música es parte esencial en el repertorio de las fiestas contemporáneas, se hace uso de un soundtrack que lo envidiaría Fellini para alguna de sus películas del absurdo cotidiano, sonsonetes que van del reggaeton a lo ranchero en un santiamén, entre ayayays y perreos, o twerks de nalgas flácidas y pitos erguidos que se desinflan al escuchar la tonadilla de rock venidera, entonces los roquerillos eternos se sienten dioses y cantan desbordando el alcohol por la trompa.

Un hombre chimuelo le comenta a otro blandengue: —¿Te acuerdas cuando estabas morrillo y te trepabas en mi carro, entonces yo manejaba y hacía que en las curvas el auto virara sobre dos ruedas, y tú decías: se siente como ir en una montaña rusa?—. Después del pueril comentario nadie expresa nada, ambos se quedan callados, azorados, perdidos en la noche, viéndose en la longevidad con los cuerpos fofos y enervados, recordando un pasado que no revertirá jamás.

Los diálogos en las fiestas tienen un aire como de teatro de cámara chejoviano, en donde no pasa nada y a la vez pasa de todo. «Cuando todo esté dicho y hecho, ninguna literatura puede superar el cinismo de la vida real; no emborracharás con un vaso a alguien que ya se ha bebido todo el barril».

Todo iba como era de esperarse, en declive, hasta que llegó el comentario de una mujer, justo cuando estaba pronto a salirme del lugar para vagar por las calles desiertas de un San Luis Potosí sonámbulo. La mujer se acercó y me dijo

—¿Tú de qué vienes disfrazado?, ¿de indigente?

Yo había asistido con mi ropa habitual, con estos zapatos fuera de época, un pantalón de pana roído y el saco café, ralo por los años. Entonces me sentí bien, la mujer había dado en el pincho, ser indigente significa ser falto de medios, el que no dispone de nada, de la misma raíz que digerir. Peregrino, carente de todo, que no asimilo la pianza, la música, el pan de las fiestas, extranjero de todos los lugares y de ninguno. Me sentí apropiado; el comentario me descubrió, estoico, una sonrisa, entonces me dispuse a beber.

Por un poco de sangre

*Sangre fresca no sé si de cerdo o de hombre que soy,
en toda mi alma acuchillada por mujeres y niños que
se mueven ingenuos, torpes, en esta vida que ya sé.*

Leopoldo María Panero,

La canción del croupier del Mississippi

Sólo quería un poco de sangre para el video que mostraría durante mi lectura en la Feria del Libro. Por eso se me antojaba matar a una vaca con mis propias manos y proyectar las imágenes antes de la presentación; como una semblanza de mi carrera literaria, de lo que aparentemente he hecho como escritor que, a su vez, es asesinar, liquidar muertos o derribar ídolos.

Algunos dejan que otros escritores clementes y lameculos lean sus currículums artísticos o la reseña de sus obras; yo quería presentar un video, sí, una representación en donde yo apareciera matando a una vaca grande y obesa, de esas que en un establo, los ganaderos cuidan bien porque les abastecen de cuajo todo el año, o de aquellas reses que se enfilan involuntariamente a los mataderos en los rastros municipales. Esa era mi propuesta para aquella tarde. Quería que me recordarán igual que al Habacuc, ese cuate que dejó morir a un perro de inanición en una exposición de arte, aunque yo no utilizaría al perro.

Llegué al rastro por la mañana, entusiasmado y con los ojos vidriosos como un niño corriente frente a un aeroplano de la fuerza armada. Yo veía las reses, los novillos, las vacas, y apretaba fuertemente mis puños, conciliándome con las mejores secuencias de la filmografía de Gaspar Noé. Recuerdo que me vestí por completo de blanco, para hacer el acto aún más dramático. Leonardo iba de negro, como de costumbre; Leonardo fue el único chiflado que me quiso escoltar con esta idea.

Es así que llegamos al rastro, en donde tuve que hablar en primera instancia, con el director de la empresa, quien a su vez, me envió con el director administrativo, un tipo torpe, y de ahí con el fiel de rastro o intendente, alguien importante en su cargo, ya que entre sus deberes estaba supervisar y controlar la legalidad, procedencia y estado del ganado que ingresa al rastro para la gloriosa matanza, así como de certificar el producto para el consumo humano y controlar el destace clandestino.

Le dije: —Master, déjame matar a un animal; estoy grabando un video para hacer una especie de Video/Action en la lectura de mi nuevo libro. Soy Nabal, no me conoces porque no soy famoso. Me dijo: —Nel morro, para eso tienes que hablar con el chequeador de ganado, pero dudo que te deje hacerlo. —¡Oh que la chingada!, — estallé—, tanto pedo por una bestia que, de a huevo, no sale viva hoy de aquí.

Si yo estaba bien dispuesto a ponerme las botitas, el gorrito y los guantes, no sé para qué le hacían tanto a la mamada. Así, con el Leo medio mareado por el olor de la sangre descompuesta, y sediento por el calor, nos fuimos a buscar al ya mencionado chequeador de ganado, pero el güey apenas y me atendió, porque se estaba tragando una torta de sesos y se la estaba pasando con una Coca-Cola de 600 mililitros, cosa que al Leo le produjo un chingo de asco, tanto que le tuve que pasar un par de dramamines ya caducadas.

Seguimos rumbo a donde el matarife, que es el que se chinga a los caballos, perdón, a las vacas. Total que el matarife terminó siendo un vato bien acá, bien chingón; que hasta en una especie de audiencia buen pedo, me dijo: —La vida de un matarife es pesada. En nosotros cae todo el trabajo del patrón. Los dueños de los cerdos y las vacas nos dicen: «Aquí tienes diez cerdos» y uno tiene que sacar el trabajo rápido. El cerdo se destaza sólo en la mañana porque la carne no puede estar mucho tiempo afuera, se va para los súper mercados el mismo día, y así. Pero nel morro, no te puedo dejar ajusticiar a ninguno de nuestros animales, porque si no lo haces bien chingarías el producto. Uno tiene que meter el cuchillo en la vena correcta. Se le pica en la arteria aorta. Los patrones pagan como diez pesos por cabeza, pero tienes que saber bien el oficio. Cuando se hace por primera vez, a uno le da lástima, pero conforme vas viendo, te acostumbras. Es como cuando te invitan a una fiesta, uno llega muy tímido y sin querer bailar, busca un asiento para ver a su alrededor y allí se queda — dijo el güey, que era a toda madre; hasta una caguama nos tomamos en el matadero, pero nada que me dejó castigar a ningún animal.

Llegamos al estudio pues, y yo aún no tenía nada qué presentar en la mencionada Feria del Libro. En el departamento solo estaban mi esposa, el bebé y el perro, y pues ni modo. Ustedes no sabrán hasta después quién fue el histrión principal de mi Video/Action. Estoy penado, sin embargo quiero creer que fue sólo por una falta administrativa, aunque los polis dicen que nel, que la cagué gacho.

Ya verán qué chingón, después aparecerán las invitaciones a más lecturas, las decenas de libros publicados y las entrevistas. En este momento sólo queda esperar. La neta qué chingón quedó el video, le grito a Leonardo desde la celda contigua, el Dramamine aún no le surte efecto.

*Ya dijiste algo
al silencio le toca la palabra*
Félix Dauajare

El autor quiere agradecer Darío Zalapa Solorio
y a Jesús Navarrete por su valiosa corrección

Una pastilla más para que pase el dolor, de Alfredo Padilla
se terminó de imprimir en la ciudad de San Luis Potosí, S.L.P.,
en el mes de septiembre de 2015, en los talleres de Roland Impresiones,
Flor de Cerezo núm. 101-A, Col. Las Flores, C.P. 78364

Se tiraron 300 ejemplares

Índice

Portada

Sueños

Formas fáciles de suicidio

Una pastilla más para que pase el dolor

Nunca escalaremos esas alturas de nuevo

Historia de amor y un poco de punk

Noticia negra

La añoranza de hurgar en la basura

Inhala

La voz de Tom nunca nos fallará

Me voy a tirar sin pedir permiso

Random

Mortuorio

Mi lado derecho

Sicario

Misofagia

No me gusta Tarantino

No eres un hombre dragster

Podemos conquistar cualquier cosa juntos

Tipos de mensajería en un chat pornográfico

Apuntes de un padre hikikomori

Indigente en las fiestas

Por un poco de sangre

ex-libris

§

[@#M](#)

A dos de tres balazos
sin límite de tiempo
David López Dueñas



COLECCIÓN: Certamen 20 de noviembre

Premio de narrativa, 2012

Dentro de la 63.ª edición del Certamen 20 de Noviembre, convocado por el Gobierno del Estado de San Luis Potosí, la obra *UNA PASTILLA MÁS PARA QUE PASE EL DOLOR*, de Alfredo Padilla Agundiz, obtuvo el Premio de Literatura Manuel José Othón de Narrativa 2014 por decisión del jurado calificador integrado por Juan Gerardo Aguilar Gallegos, Rocío Cerón Flores y Maricela Guerrero Reyes.

El parto
Vicente Acosta Flores
«Vin Fex»



Premio de narrativa, 2013

ISBN: 978-607-7996-62-0



9 786077 996620

CONACULTA

Editorial
PONCIANO
ARRIAGA
CONACULTA EDITORA DEL ESTADO DE SAN LUIS POTOSÍ

CERTAMEN
20 DE
NOVIEMBRE
63ª edición 2014

Una pastilla más para que pase el dolor

Alfredo Padilla



San Luis Potosí
Un Gobierno para Todos
GOBIERNO DEL ESTADO 2009 - 2015

SECRETARÍA DE CULTURA